

firmando plenamente la aserción de Guignes y de Guimet, aunque después va un poco lejos en sus deducciones, por analogías filológicas que no carecen de originalidad, y revelan mucho talento y gran estudio de parte de su autor.

No hay ninguna razón seria para admitir que la América fué poblada por una sola familia, ni por un mismo pueblo. Menos la hay para aceptar que esa familia ó ese pueblo viniese en una época tan cercana como la que se quiere fijar, es decir unos quinientos ó mil años antes de la conquista, pues los monumentos existentes, el número de los pobladores, abstracción hecha de las afirmaciones de los paleontólogos, revelan lo contrario.

Que hubo inmigraciones del Viejo Mundo, es probable; que todas ellas saliesen del mismo país, es inverosímil; que todos los pueblos de América descenden de una misma raza de inmigrantes, es absurdo. Lo más probable, científicamente hablando, es que la población americana anterior á la conquista, sea el resultado del cruzamiento de varias razas diferentes, ya que así se acostumbra á decir, que vinieron del Viejo Mundo en una época remotísima, y que fueron tal vez modificadas en algunas partes por inmigraciones trasatlánticas. Por eso vemos hombres como los Patagones, que son los más altos de la tierra; como los Caribes y los Iroqueses, igualmente altos; mientras que los indios de Vancouver, los Quichuas y los Groenlandeses son muy pequeños.

Así vemos también que las tribus Mandanes, Alhapascanes, Lee-Panis, Antis y Kolutches, tienen á menudo los ojos claros, castaños ó azules, y los cabellos claros y hasta rubios. Algunas tribus de la América Central tienen los miembros muy desarrollados, mientras que los Botocudos y Fueguinos los tienen sumamente débiles ó raquíuticos. — Los Botocudos y los Apaches tienen los pies pequeños; los Patagones muy grandes. Los Pieleros rojas tienen un color rojizo muy pronunciado; la raza de los Pampas está caracterizada por un aceitunado muy obscuro, y los Brasilo-guaraníes tienen la tez amarillenta que tira al rojo. Además, tenemos los indios blancos de Port-Mulgrave, de la Mesopotamia Argentina y de Huitramanaland, los Yuracares y los Paducos, que son blancos; los antiguos negros de California y de la Isla de San Vicente, los Yamasís de la Florida, también negros; los negros que Balboa encontró en el istmo de Darién; los blancos que Lapérouse, Dixon, Maurelle, Merares y Marchand dicen que existen en la costa Nordeste de la América Septentrional; los esquimales blancos del capitán Grao y de Charlevoix; el cacique blanco de Cibola de que habla Castañeda, los Tubinambus blancos del Brasil, los Botocudos de ojos azules, considerados entre ellos como tipo de belleza muy notable; el color muy obscuro de los indígenas del Cabo Gracias á Dios y de los Woulabras; los negros del Orinoco, y los indios blancos de Catlin, que nos prueban suficientemente que no hay unidad de raza entre los Americanos,¹ como no la hay entre los Africanos, Asiáticos ni Europeos.

Mr. de Quatrefages sostiene que la cuna común de todas las razas humanas estuvo en el centro del Asia, hacia el Norte, al rededor del macizo central de ese continente. Al Oeste se encontraba el grupo blanco, aryas, semitas y sus alófilos. Al Norte estaban los amarillos, que se mezclaron con todas las razas que encontraron y han dado origen á muchas ramas de mestizos. Al Sur estaban congregados los negros, en las condiciones más desfavorables: atacados por los amarillos que bajaron del Norte, y por los blancos que vinieron del Oeste, fueron repelidos hacia el mar y ocuparon el archipiélago Indio, después hacia la costa de Africa, entre Aden y Madagascar, donde su contacto con los protosemitas constituyó el tipo negroide. Una parte de la raza permaneció allí, y, por el mestizaje, formó las poblaciones dracidianas. Todo el Centro y el Oriente del Asia quedó en poder de los amarillos; los blancos avanzaron hasta las Canarias. La población de la Amé-

¹ Florentino Ameghino. «L'Homme Préhistorique dans La Plata.»

rica data de la época cuaternaria. Se verificó por medio de oleadas sucesivas, de las que las primeras pertenecen á la raza amarilla, y las más recientes á razas alófilas, en las que se manifiesta claramente la sangre de los blancos.

Esas afirmaciones vendrían á destruir la creencia de que hubo en el país una raza autóctona, como lo sostienen con algún fundamento varios autores. De todos modos, entiendo que si la América se pobló por inmigraciones sucesivas, la primera que llegó no fué de gentes de raza amarilla, sino de negros.—Las pocas huellas que quedan del hombre negro en nuestro continente, prueban que su existencia en él fué en época muy remota. Su desaparición, dice el Sr. Chavero, nos la presenta como raza expulsada, y, por consecuencia, anterior; y hasta los últimos tiempos pintábanse los sacerdotes de negro, como si fuera recuerdo de los introductores del primer culto.

Es muy posible que el hombre negro haya constituido la primera raza que existió en el Viejo Continente, y que el hombre autóctona de México haya sido negro también. Pero esa es materia que merece estudio aparte, que tengo bastante avanzado y que presentaré á su tiempo.

De lo expuesto debe deducirse que la población americana, anterior á la conquista, no presenta los caracteres de una raza homogénea, y sí los de una mezcla resultante del cruzamiento de varios tipos diferentes; que aunque se encuentran tribus semejantes á razas del Viejo Mundo, la más general difiere en apariencia; y que el hombre ha habitado ambos Continentes desde los tiempos geológicos.

* * *

Las monumentales ruinas que se han descubierto y estudiado en América, desde México hasta el Uruguay, demuestran que hubo en este Continente varias *civilizaciones*, si es que así pueden llamarse, anteriores y superiores á la que encontraron los españoles en el Anáhuac y el Perú.

F. V. Hayden nos habla de las ruinas que en las orillas del Río Manco, del Montezuma, del San Juan y del Gila fueron descubiertas hace apenas diez años, que son vestigios de un pueblo de cuya historia no conocemos aún nada.

En México tenemos las suntuosas ruinas de Chiapas y Yucatán, cuya antigüedad se remonta á época muy anterior á la venida de los aztecas al Valle de México, y las construcciones de éstos jamás llegaron á rivalizar en grandiosidad y magnificencia con las de aquellos pueblos. Tenemos otras ruinas, como las de Mitla, Papantla, Teotihuacán, Cholula, Xochicalco, etc., que acusan también una civilización anterior á la de los aztecas, aunque quizás no tan avanzada como la maya. En el Perú las ruinas de Tihuanaco también demuestran una civilización anterior y superior á la de los Incas; y esos vestigios, esos restos asombrosos de pueblos formidables y antiquísimos, hacen creer á los hombres versados en esta clase de asuntos, que cuando Europa estaba poblada aún por pueblos salvajes, ya en América existían naciones que habitaban en grandes y suntuosas ciudades, como las antiguas de Asia y Africa, y que tenían una cultura muy superior.

Por donde quiera que volvemos los ojos en América, encontramos repetido un hecho histórico notable de Europa: la invasión de pueblos civilizados por pueblos bárbaros; y en ambas partes también se nota el mismo fenómeno de absorción de los bárbaros por los civilizados, y la modificación de unos y otros, formando, casi siempre, razas más vigorosas, y trastornando momentáneamente las leyes del progreso.

Distribución de las familias indígenas.

Tiénesse por cierto que los otomís ó *hió-hiús*, fueron los primeros pobladores de México, y no faltan autores que los consideren como autóctonas. Esta raza permaneció en estado de barbarie, á pesar de su contacto con pueblos civilizados como los toltecas y los aztecas, y en ese estado la encontraron los españoles.

Entre los pueblos que inmigraron á nuestro país en los tiempos más apartados, figuran los xicalancas y los ulmecas, quienes, en opinión de algunos historiadores, construyeron las pirámides de Cholula y de Teotihuacán, y fueron después á habitar las costas del Golfo de México, perdiéndose en la península yucateca.—Los mayas pasaron también por el Anáhuac, dejando en su camino á los cuextecas ó huastecas, yendo á radicarse en la vasta región que comprende á Yucatán, Chiapas y Centro América, poseyendo una civilización muy avanzada, como lo comprueban los pasmosos monumentos que nos legaran.

Los mixtecas y zapotecas también figuran, como los mazahuas, entre los primeros pobladores del Anáhuac, y se consideran como miembros de la familia mixteco-zapoteca á los cuiltlatecas, mazatecas, popolocas, chinantecas, cohuixecas y totonacas.—Los matlatzincas, que ocuparon un vasto país al Occidente del Valle de México, llegaron en época posterior, así como los michhuacas ó tarascos, que tanta afinidad tienen con la raza del Perú.

Los toltecas, tan aventajados en las artes y de una civilización muy superior á la de los demás pueblos mencionados, son los primeros de quienes se tiene noticias ciertas; inmigraron el año 544 de nuestra éra, fundaron á Tollan (Tula), capital de su nación, en 667 y en 1116 cayó en ruinas su imperio, dispersándose el pueblo.

Al año siguiente aparecieron los chichimecas, pueblo que á ciertos rasgos de civilización reunía muchos de barbarie, valiente, cazador y sobrio.

Medio siglo más tarde llegaron al Valle los aculhuas y tepanecas, y, por último, en 1243 llegaron los aztecas, uno de los siete pueblos que formaron la gran familia nahoa (culhuas, xochimilcas, chalcas, tlahuicas, tlaxcaltecas, cholultecas y aztecas), y que se enseñorearon del Anáhuac, constituyendo el más poderoso imperio que se conoció en nuestro continente, el que encontraron los españoles en su época de mayor esplendor.

Para que nuestros lectores tengan idea más exacta de la distribución de las razas mexicanas, y dónde se encuentran los girones desgarrados de las grandes familias que poblaron estas regiones, vamos á presentar una lista de las lenguas que se hablan en México actualmente, con expresión de lugares, tomada de la no bastante celebrada obra de D. Francisco Pimentel, intitulada "Lenguas Indígenas."

Othomí.—Querétaro, San Luis Potosí, Guanajuato, Michoacán, México, Puebla, Tlaxcala y Veracruz.

Huasteco.—Veracruz, San Luis Potosí.

Mixteco.—Oaxaca, Puebla, Guerrero.

Mame.—Chiapas.

Totonaco.—Puebla, Veracruz.

Tarasco.—Michoacán, Guanajuato.

Tarahumar.—Chihuahua, Sonora, Durango.

Zapoteco.—Oaxaca.

Opata ó teguima.—Sonora.

Matlatzínca.—Michoacán.

Maya.—Yucatan, Campeche, Tabasco, Chiapas.

Tepehuano.—Durango, Sinaloa.

Cora.—Nayarit, Jalisco.

Pina.—Sonora.

Quiché.—Chiapas.

Mixe.—Oaxaca.

Mazahua.—Ixtlahuaca, México.

Guaicura.—Baja California.

Cochimi.—Baja California.

Chañabal.—Chiapas.

Chiapaneco.—Chiapas.

Izendal.—Chiapas.

Zoque.—Chiapas.

Izotzil.—Chiapas.

Joba.—Sonora, Chihuahua.

Lipan.—Los apaches.

Pápago.—Sonora.

Piro.—Chihuahua.

Cuicateco.—Oaxaca.

Mazateco.—Oaxaca.

Chuchón.—Oaxaca.

Popoloco.—Puebla.

Tlapaneco.—Guerrero.

Teco.—Michoacán.

Pame.—San Luis Potosí.

Serrano.—San Luis Potosí.

Comanche.—La frontera del Norte.

Tejano.—Coahuila, Texas.

La raza conquistadora.

Como es bien sabido, los españoles descubrieron á México y lo conquistaron á principios del siglo XVI, y á la verdad que la conquista parece más bien pertenecer á la fábula que á la historia, y aun pudiera añadirse que apenas hay obra de imaginación en que se encuentren amontonados tantos hechos maravillosos como los que realizaron Hernán Cortés y sus atrevidos compañeros de aventuras, que á medida que pasan los años van apareciendo como menos verosímiles y más pasmosos.

De todas las naciones del Nuevo Continente, ninguna recibió una inmigración tan numerosa como México, quizás por su proximidad á la metrópoli, ó por aparecer como la más rica en metales preciosos.

De cualquier modo que sea, el hecho es que apenas se consumó la conquista de Tenochtitlan, empezaron á venir pobladores ávidos de lucro, que se repartieron las tierras, que instituyeron una esclavitud odiosa para los indios.

Estudiando esta época digo en alguno de mis libros, que los conquistadores estaban formados para la lucha, para dominar por medio de las armas; pero no para sacar útil y humanitario partido de sus triunfos, ni para colonizar cuerda y hábilmente. Además, lo exiguo de su número, aún después de derrocada la monarquía indígena y de haber llegado algunos miles de inmigrantes españoles, los hacía vivir siempre alerta, procurando mantener el terror, como fuerza moral salvadora. La ambición desmedida de riquezas adunada al desprecio que sentían hacia los indios, los impulsó á considerarlos como esclavos, como á bestias de carga, cuya vida en poco ó nada se tenía, pues que muerto uno de aquellos míseros seres, se le reemplazaba en el acto con otro, sin que costara más trabajo que tomarlo.

Desde los primeros días de la conquista los españoles se ayuntaron con las indias, ya por medio de matrimonios formales, ya en uniones menos legales, dando origen á la raza mestiza. Más tarde vinieron también mujeres españolas, que casaron en el país, ó que venían casadas ya, y tuvieron prole en México, la que, aunque de raza europea pura de toda mezcla, no fué considerada igual á la de los padres, siendo designados los que la componían con el nombre de *criollos*.

La dominación no sólo fué funesta para el indio, sino también para el criollo, y esto se debió á la suspicacia y desconfianza del siniestro Felipe II, cuya política parecía inspirarse en la clásica máxima de "divide é imperarás," y que llevó la división desde su hogar hasta la corte, desde la corte á la nación, desde la nación al mundo.

En efecto, los cargos y empleos de alguna importancia no se otorgaban jamás sino á españoles nacidos en Europa, que diesen pruebas de ser cristianos viejos, limpios de toda mala raza de moros ó judíos, y que no hubiesen sido penitenciados por la Inquisición. Aun los mismos españoles europeos que hubiesen residido largos años aquende el océano, eran ya tenidos como sospechosos y excluidos de los altos puestos, y por eso vemos (Betancourt y Figueroa, *Derecho*, etc.) que habiéndose nombrado desde el descubrimiento de América hasta el año de 1637, *trescientos sesenta y nueve* obispos y arzobispos para las distintas diócesis de estos países, solamente *doce* fueron criollos. Cierta es que hay muchas cédulas recomendando la provisión indistinta de los destinos de confianza en personas nacidas en España ó en América; pero esas cédulas fueron, por lo común, letra muerta.

Con tal conducta se engendraba el orgullo en el europeo, la irritación en el criollo. El primero se creía superior, y menospreciaba al segundo. El segundo se sentía herido y vigilaba y trataba de poner en evidencia al primero, y ambos tenían que acudir, en todo caso, á la corte, solicitarlo todo y recibirlo todo de manos del rey, que así estaba seguro de mantener su dominio absoluto sobre unos y otros.

Los criollos tenían la riqueza; los europeos el poder. Estaban contrabalanceados; pero el criollo, por su misma riqueza, por su falta de educación, se entregaba á la inercia, á la molicie, á la pereza y los vicios, degeneraba, y era al fin un *indio blanco*, cargado de tesoros inútiles.

Esto dió por resultado un odio cada vez mayor entre los blancos, hasta el punto de que el hijo de españoles, nacido en América, no consintiese en que se le llamase español, sino americano; y por eso se dijo que el español podía hacer en América todo, menos un hijo español.

La población actual.

La población actual de la República Mexicana puede dividirse en tres grandes grupos, que son el Europeo ó hispano-americano, el Mestizo y el Indígena.

Entiendo que la población actual de la República pasa de doce millones; pero admitiendo como exactos los datos que consigna el Sr. García Cubas, el censo es sólo de 11.395,712 habitantes, distribuidos del modo siguiente:

1. Grupo Europeo ó Hispano-americano.....	2.165,185	sea el 19 por ciento.
2. Grupo Mestizo.....	4.900,156	" 43 "
3. Grupo Indígena.....	4.330,371	" 38 "
	11.395,712	100

Como se ve, el grupo mestizo, resultante del cruzamiento de europeos é indígenas, constituye el más importante de los tres, y al indígena corresponde el segundo lugar. Sin embargo, no vacilo en asegurar que el grupo indígena es mucho más importante de lo que

aparece en ese cómputo, y basta fijarse en lo diseminado que se encuentra en los campos y en las montañas, y en lo imperfecto de nuestra estadística para comprender que debe ser forzosamente bajo el número de indígenas registrados por los formadores del censo.

De los individuos que forman los tres grupos enumerados, los primeros, con una parte de los del segundo, constituyen lo más importante de la nación como clases cultas, en plenitud de civilización, á la altura de la sociedad europea más avanzada. La lengua española es la lengua madre, y la francesa, la inglesa, la italiana y la alemana se cultivan entre estas gentes, y de un modo muy principal las dos primeras.

Las artes, las ciencias, la industria, es decir, el capital, el talento y la instrucción están vinculados en esos dos grupos, sin que por esto se entienda que faltan hombres de raza indígena pura que figuren en ventajosa línea en uno ú otro concepto.

El grupo de mestizos tiene más bien las tendencias del europeo que las del indígena. Prefiere las ciudades al campo; se dedica de preferencia á las pequeñas industrias, y da el mayor contingente como obrero y artesano, teniendo notabilísimas aptitudes que cada día se desarrollan más, gracias á la difusión de la instrucción pública.

El tercer grupo se puede dividir en dos secciones: 1ª, la de los indígenas que viven en las ciudades ó cerca de ellas, y 2ª, la de los indígenas que viven en el campo y en las montañas.—Los primeros presentan un tipo degenerado bajo todos conceptos, pues han perdido sus hábitos primitivos, han convertido su idioma en dialecto, cuando no usan de un español lleno de modismos y provincialismos que lo hacen difícil de comprender.—Los segundos, entregados á las faenas del campo, conservan sus tradicionales costumbres, su idioma, se casan entre los de su propia raza, y se muestran desconfiados hacia las otras razas. Son astutos, disimulados, tercos, valientes, sobrios y resistentes.

Las tribus salvajes, cada vez más raras en el país, y que pronto desaparecerán, se encuentran en la frontera americana, de donde hacen incursiones á nuestro país, y en la parte limítrofe del Estado de Yucatán con el territorio de Belize. Tanto los Comanches y los Apaches del Norte, como los Mayas del Sur, son crueles, pérfidos y refractarios á la civilización. Sin embargo, cada vez son más raras sus incursiones, y tienden á desaparecer por completo.

En las costas se encuentra la raza negra, y sus resultantes de la mezcla con la blanca (mulatos) y con la india (lobos). El número es poco notable, y por sus tendencias y costumbres debemos asimilarla á la mestiza.

La raza indígena fué destruída en gran parte por los primeros colonizadores europeos; las pestes contribuyeron durante la dominación española á su destrucción, y las guerras que ha sostenido la nación, ya contra potencias extranjeras, ya contra los partidos políticos nacionales, han sido causa también de la violenta despoblación.— Los matrimonios precoces, la falta de higiene y la mala alimentación, han contribuído á su vez á la destrucción de una raza tan digna de mejor suerte, y que podía prestar aún grandes servicios si se dedicaran á mejorar sus condiciones de vida, á redimirla, en una palabra.